

cuida vuelve al estado primitivo. Esa es la selección natural.

¿Sucede tal cosa sólo en las plantas? No; flores, frutos, animales y hombres están sujetos a iguales leyes y si hemos de creer tal cosa, el día que el hombre descuide el cultivo de sus fuerzas superiores, ese mismo día principia a convertirse en un producto primitivo de la naturaleza.

Parece que la naturaleza defiende la vida, pero que no conoce las formas superiores de la vida.

Aquella idea de que lo que no avanza, retrocede, no es otra cosa que una verdad científica.

Hay como una gran fuerza de atracción hacia las fuentes de origen; no es propiamente que haya en la naturaleza la idea de retroceder sino que para ella lo fundamental es la vida y ésta se asegura mejor en las formas simples.

Todo puede obtenerse de las plantas mediante el cultivo, pero lo que se ob-

tiene no llega a constituir una forma definitiva de la planta.

Lo único que parece ser firme es el producto de la naturaleza cuando ella lo hace sin intervención.

Esto nos hace ver que el ambiente en que se desarrolla una planta o un animal es lo que en realidad tiene valor como evolución y que mucho de esto es de una relatividad desconcertante.

La planta que ha llegado a ser prodigio de belleza, se abandona y pronto la vemos convertida en hierba salvaje.

El hombre de las civilizadas! sociedades de Europa un día con un rifle o una bomba en la mano y una pasión desenfrenada, vuelve al punto de partida: aparece el hombre cavernario que se lanza sobre el otro para hacerlo pedazos.

¿Es eso la evolución?

¿Qué es entonces la selección natural?

JUAN J. CARAZO

Fray Silencioso

Al Padre PALLAIS, porque es el único que no se ha burlado de mí.

Había delante de mí, caminos, y caminos, y caminos.

Y tomé uno que me pareció encantador y encantado. Y como tenía pies de ardilla y ojos de niño, me fuí por mi camino corriendo y jugando. Las mariposas me dijeron: Vamos a rodar fortuna; y las hojas verdes: Quédate con nosotras. Y yo pensaba: Son demasiado benedictinas las hojas verdes; y demasiado trota-conventos las mariposas. Y seguí por mi camino corriendo y jugando, cuando de pronto me encontré con un ser extraño. No tenía garras, ni fauces, ni colmillos, y sin embargo me sentí Caperucita y me puse a temblar con temblor grande, como si aquel ser extraño que estaba delante de mí, fuese el legítimo dueño de todas las garras, de todas las fauces y de todos los colmillos. Todoanimal y todobestia, aquello me pareció la pantera de los griegos. Era foscavista y había mal de ojo en la mirada de sus ojos. —¿Cómo te llamas?—le dije. Y él me respondió:—Hombre.—Y yo proseguí:—El árbol medita, la flor reza, la nube viaja, la mariposa baila, el pájaro vuela, la cigarra canta, la hormiga trabaja... ¿y tú qué haces?—Y él respondió:—¿Yo? Yo me burlo. Pertenezco a la especie de los burladores.—Y yo le pregunté a la flor, al árbol, a la nube, a la cigarra, a la mariposa, al pájaro y a la hormiga, y ninguno de

ellos pudo decirme qué cosa era la burla. Y el hombre se burló de mí, y desde entonces, iba yo medio muerto por el camino. El hombre y los otros hombres, cuando me veían pasar me señalaban con el dedo y movían la cabeza y hablaban al oído. Y yo era una tembladora Caperucita, como el pajarito fascinado por la serpiente, como los insectillos delante de una mantis religiosa en actitud espectral. Y exclamé:—¡Mejor hubiera sido quedarme con las hojas verdes o ir a rodar fortuna con las mariposas! Voy a tomar otro camino desconocido de los hombres.

Y tomé un segundo camino que me pareció encantador y encantado. Y a pesar de las heridas que me había hecho el hombre, yo no había podido perder mis pies de ardilla y mis ojos de niño. Y me fuí por mi camino corriendo y jugando. Y como acababa de pasar el buen tiempo de las lluvias, todos los árboles estaban lavados, nuevecitos, y las hojas de un verde lustroso y las flores amarillas y las flores rojas parecían pintadas, y las verane-

ras lilas, rosadas y azules rezaban: ¡Dios te salve María! Si se habrían fugado, divinas colegialas de una miniatura de Andrés Beauneveu, en el misal florido del Padre Abad, en la mayúscula del domingo in albis «*Quasi modo geniti infantes*». Y yo pensaba: Dentro de poco me voy a encontrar con Blanca Nieve que es la niña más linda de la ciudad, o con la bella Durmiente del bosque. Cuando de pronto, me sentí de nuevo tembladora Caperucita: ¡Venía por el camino, burlándose, el hombre!

Y en el tercer camino, y en el cuarto, y en el quinto y en todos estaba siempre burlándose el hombre. Y era la burla de los hombres el mismo cuervo de Edgard Allan Poe.

Y entonces yo le dije a mi alma: —¡Cállate por favor! ¡No digas nada! ¡No hables! ¡No escribas! ¡No hagas! ¡No vayas! Seamos Fray Silenciosos. Apartémonos de los caminos de los hombres. Huyamos lejos, muy lejos, y más todavía y más todavía. *In foraminibus*. Como dice Jammes: «Iglesia vestida de hojas»; como dice Guerin: «Sembrador de cenizas» y «Corazón solitario»; como dice Rodembach: «Brujas la muerta» y «Vidas enclaustradas». Así, alma mía, así. Lleguemos al corazón del silencio, donde están los ciervos huraños y asustadizos, y las cabras atrevidas y aventureras, y el dulce ojo de agua que mira con miradas de Nuestro Señor.—Y mi alma me respondió:—¡Estoy lista, vamos! Donde no hay caminos, está mi camino.

Y abriendo su libro de mayúsculas, Fray Silencioso se puso a ilustrar la vieja secuencia:

«*Isti sunt agni novelli qui annuntia-
verunt. Modo venerunt ad fontes, re-
pleti sunt claritate. Alleluya*».

«Estos son los corderos nuevecitos que anunciaron. Acaban de llegar de la fuente. Están llenos de claridad. Aleluya».

A. H. PALLAIS, Pbro.

León, Nic. 19 de marzo de 1923.

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

SOLICÍTENOS estas obras: ANFORA SEDIENTA, poemas de Rafael Heliodoro Valle, Precio: ₡ 4.50.—MI ESPAÑA (páginas diversas), de Pedro Henríquez Ureña, Precio: ₡ 4.50.—EL JARDINERO DE AMOR, del Tagore. Nueva edición (en las del «Convivio»), con un Prólogo, para esta nueva traducción, de V. García Calderón, Precio: ₡ 1.50.